¡Empatamos, Pilar!
Cuentos de futbol

Compilación de Mariví Cerisola
y José Martínez Torres

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL
TERRACOTA

Índice

El futbol Raymundo Alejandro Pérez Patiño 15

Trapazzo José Martínez Torres 19 *Vos andá al arco* Néstor Ponce 27 *Ronda el destino ronda* Verónica Labarthe 37

Esperanza Yudi Kravzov 41 *El naranjo* Leonardo Teja 45 *Un gol sin promesas* Gabriel Humberto Torres Cruz 49 *La gloria de la repetición* Abel Zaid 53 *¡Empatamos, Pilar!* José Martínez Torres, Leopoldo Vial Gonzaga y Miguel María Roldán 65

Tal para cual Ximena Ruiz Rabasa 69 *La duda* Fernando Daniel Durán Ruiz 73 *¡Futbolmanía!* Valentina Verruso y Claudia González 77 *La jugada del cosmos* Mariana Rodríguez Espinoza 85 *Gogol* Perla Holguín Pérez 89 *Cuando por fin papá dejó de fumar y mamá de gritar* Alejandro Ortiz BulléGoyri 97

Los polvos de la gloria Antonio Durán Ruiz 105 *Quince años* Patricia Nogueda 109 *La Copa del Mundo* Adela Celorio 115

Tiempo extra Mariví Cerisola 121 *Un destino personal* María Esther Núñez 127 *Vaya tarde* Ximena Ruiz Rabasa 131

¡Ah, aquí está nuestro padre! Alberto Vital 133

Trapazzo

José Martínez Torres

Me despertó mi madre a las cinco de la mañana porque el tren salía a las siete. Me bañé, bebí el café que me dio, tomé una concha y la fui comiendo por la cuadra. Rafael ya estaba esperando, recargado en el taxi de un vecino al que había convencido de llevarnos a la estación de Buenavista.

Los del primer equipo viajaron aparte, en un vagón pullman, y llegando a Guadalajara los llevaron a un hotel más caro. Desde luego hay distinciones: son jugadores de alto nivel, a los que se admira de lejos: muchos ni te voltean a ver, y hay uno, la Iguana Icazbalceta, que exigía que se desinfectaran los baños si por alguna razón las reservas los usaron antes. La vez que nos pidieron para completar un interescuadras, Rafael se acercó a pedirles autógrafos. El Perico González le dio unos consejos y unas palmadas en la espalda.

En aquel tiempo éramos muy chicos. Rafael y yo teníamos dieciséis años. Laborde y El Zulu Díaz son mayores uno o dos años; Heras, Rafa Cruz y la Plancha Rubio hasta más, tres o cuatro.

De niño había soñado con ser delantero, pero al

llegar al equipo don Sebas dijo ni madre, tú eres defensa central, y ya después me gustó, pues es la posición más cerebral que existe y la más fácil; se trata de establecer distancias para resguardar la portería, para cerrar por la banda y hacer los relevos. Rafael sabe achicar y también salir con la pelota al pie; recarga al terminar la jugada; golpea a espaldas del árbitro, desanima al contrario de muchas maneras, y siempre está riéndose; a mí lo que me gusta es pensar, y creo que no necesitas nada de eso, si sabes tomar decisiones. Si te apresuras, juegas mal: hay que ver la pelota como si viajara en cámara lenta, así da tiempo de decidir lo mejor.

Para mí esto es una verdad completa, pero me acarreó el apodo que me endilgaron. Hasta la fecha, ya nadie se acuerda del Julio, del Vierna ni del López, y todo porque un día dije que el futbol es una mezcla de fuerza, valor y criterio: la fuerza y el valor puede que se adquieran, pero el criterio ya se trae, como en el caso de Gerardo Luis Trapazzo, la estrella del equipo. En eso me interrumpió Nava: espérate, Criterio… y desde entonces: ¡Criterio, mírame! o ¡Dale vuelta, Criterio!

Trapazzo era muy buena persona, siempre nos saludaba, y una vez llegó con unas camisetas del Vélez Sarsfield para que las rifáramos entre nosotros; le preguntamos cómo ingresó a ese club y ya nos contó. Laborde, que también traía el diez, pero de la reserva, era el más entusiasta de los admiradores de Trapazzo; caminaba igual que él, hacía los mismos gestos y las mismas jugadas: y es que ni parece argentino; le pregunté: ¿y qué parece? Brasileño, dijo Laborde.

El tren se detuvo en San Juan de los Lagos. Compramos unos recuerdos, postales del pueblo y de la

virgen de allí para regalar en nuestras casas y después seguimos. Llegamos muy cansados. Los periodistas escribieron al otro día sobre el partido, la tabla de posiciones, y sobre el crecimiento del futbol profesional en México, lo que es un embuste, ya que ni hay crecimiento ni hay jugadores profesionales, o sólo unos cuantos, porque a la mayoría sólo se le dan los accesorios del equipo y un poco de dinero, más los gastos. Por eso el padre de Rafael odia que su hijo juegue y hace todo lo posible para que no siga. Como su madre lo apoya, se arman grandes discusiones entre ellos.

Mi padre nunca tuvo inconveniente, pero no es rico y sólo hasta que mi madre ahorró pude ir a jugar al Esparta, a los diez años; al cumplir los dieciséis me advirtieron: si te lastimas, te vas a quedar sin escuela y en la calle.

Rafael nunca estudió y se la ha pasado en la calle, engatusando al que se deje, haciendo maldades y bromas a costillas de los otros, como la vez que vació sal en una botella de agua y la traía a la vista de todos en el medio tiempo, para que alguien se la pidiera. El Zulu Díaz bebió el agua salada a grandes sorbos, se atragantó y corrió a vomitar: discúlpelo, don Sebas, dijo Rafael, es que viene de Chimalhuacán y no está acostumbrado, allá toman el agua en cubeta… O ese truco que hace de vender al Spot, un pastor muy inteligente que tiene; el perro se va con su nuevo dueño hasta que Rafael le chifla y entonces corre a meterse a su casa. Lo ha vendido muchas veces. Si se quejan, dice es que no lo sabes educar, pero por este dinero te voy a dar un cachorrito del Spot y unas clases de adiestramiento canino.

A Rafael le gusta usar palabras elegantes como

adiestramiento canino, pero lo que más le gusta es la comida, porque de niño sufrió por ella; siempre anda explicando cómo te pueden quedar mejor unos molletes con chorizo, o cómo debes preparar unos deliciosos sopes con salsa roja, queso y carne deshebrada. A los chicos de la cuadra se les hace agua la boca y lo llevan a su casa cuando no están sus padres. Come y los cita a un entrenamiento de alto nivel; entonces se cuelga el silbato que sacó de algún lado y a silbatazos ordena sentadillas, estiramientos, lagartijas y abdominales; ya al final los pone a dar vueltas y vueltas al parque como locos.

Bueno, pero esta historia trata del gol que hizo Trapazzo en Guadalajara y de lo que me contó hace unos días que me lo topé por el Centro. El profe don Sebas dio la alineación hasta que ya iba a comenzar el partido: Criterio Vierna defensa central derecho; Rafa Hernández defensa central izquierdo.

Cuando el equipo avanza en fila hacia la cancha no se puede tragar saliva: se siente un nudo en la garganta. Si has estado en un equipo de futbol sabes lo que digo: vestirse con parsimonia, como un torero ante la Virgen; oír el clamor cuando sale el equipo; dibujar la cruz en la cara para luego ver que el balón se desliza sobre esa superficie esmeralda como mesa de billar, ese pasto que parece tomado del jardín de una casa muy rica, y ver a lo lejos el círculo del medio campo, las líneas recién pintadas con cal, los banderines agitándose en el aire con sus colores vivos, y el barullo del vestidor cuando ganas y todos gritan, chiflan y se cuentan chistes que te hacen morirte de la risa.

Al buen jugador lo puedes ver de inmediato: si

Ronda el destino ronda

Verónica Labarthe

Primer Tiempo

Un sábado por la mañana, dos primos adolescentes se encuentran jugando en la cancha. Adversarios sin preponérselo, comparten desde pequeños el amor a aquel deporte en el que todos corren tras un balón.

Cada uno de los dos bandos de espectadores desliza y confunde al vuelo de la pelota los gritos del apellido Alves que ambos comparten.

La mamá de Franco observa los pies de los jugadores que persiguen la bola y recuerda la tarde en que le acercó a su hijo por primera vez una pelota: el pequeño estiró los brazos para alcanzarla, y sus piernas se sacudieron. Ella está alejada de la pasión futbolera y de entre sus escasas visitas a un estadio vuelan en su mente los fuegos artificiales con los que irresponsablemente clausuraron una final juvenil después de que unas desafortunadas bastoneras, con sus minúsculas falditas amarillas, lanzaran al cielo globos de gas. Los globos se prendieron y alcanzaron a encender las minúsculas falditas de nylon, que el personal apagó arrojándolas al piso y cubriéndolas con mantas.

Del otro lado de la tribuna está María, la mamá de Santiago, el jugador que lleva el número 25 en su playera naranja y acaba de meter un gol; lejos quedó la primera vez que llevó a su hijo a la escuela de fut, también un sábado por la mañana, cuando, camino a la cancha, inseguro el pequeño le reclama por haberlo llevado, y ya frente al partido que juegan los del equipo que será el suyo, se queda mirando el movimiento de la pelota y le dice a su mamá: aquí puedo meter un gol. Enseguida el entrenador lo invita a integrarse, y efectivamente allí marca su primer gol.

El juego termina con un empate y con un esguince en la rodilla de Franco. Santiago se acerca para apoyar al lastimado, y éste sale cojeando entre la confusión y las bromas de ambos equipos.

Segundo tiempo

Después de una larga e intrincada adolescencia, los primos vuelven a coincidir como rivales. Con la universidad en puerta, sin saber bien qué profesión elegirán, lo único que tienen por seguro es su entusiasmo por el soccer. La experiencia de algunos años atrás vuelve a repetirse, y su común apellido brota en ambos bandos, acompañado por el giro desconcertante para algunos jugadores del equipo de Franco, cuando éste, entre sonantes palabras, increpa a un compañero de su mismo equipo por el faul cometido a su primo.

Al finalizar el reñido juego a favor del equipo de Franco, los primos, con la camiseta empapada y gotas en la frente, se palmean las espaldas y dejan abierta la posibilidad de la revancha.

La gloria de la repetición

Abel Zaid

Nuestro candidato había dicho: "El pueblo es sabio". Y no sólo eso. También había dicho: "El pueblo sabe por quién debe votar". Luego de las elecciones tuve una crisis de sabiduría y quise ir a entender qué significaban exactamente esas afirmaciones. Tomé una libreta y me encaminé a la casa de don Sal y doña Sarita.

Por si fuera poco, me proponía contribuir a la lista que por la red andaban haciendo los que documentaban el fraude contra nuestro candidato. Yo tenía dos pruebas, una obvia y otra posible, y estaba seguro de que don Sal y sus muchachos me proporcionarían más evidencias.

Internarme a oscuras por el Pedregal de Santo Domingo fue una de esas situaciones que se califican como sociológicas. Además, quedaban restos del tianguis en las banquetas, así que había que irse cuidando de alguna cáscara suelta.

Me atraían esas cortinas metálicas todas grafiteadas bajo una luz que yo imaginaba de faroles ambarinos (pero no eran faroles); tal vez me atraían porque nací en La Merced y de niño fui y vine y anduve entre bodegas

de jitomates, cebollas, tomates verdes, zanahorias, jalapeños, manzanas, toronjas, mangos, plátanos, naranjas.

La brisa era tan dulce que los pocos caminantes andábamos en mangas de camisa.

Toqué tres o cuatro veces antes de que el Rubén, hijo menor, por fin me franqueara el paso.

El pasadizo negro entre la puerta de la calle y la de la cocina tenía en las dos paredes unas macetitas montadas sobre unos soportes de metal que a mí se me hacían como pequeñas canastas de básquet invadidas de flores. Había que irlas esquivando a un lado y al otro.

En la sala encontré a don Sal. Apenas entré, él quiso que sintiera su linaje de patriarca: le gritó al Rubén que le pasara un cigarro.

Al final el que le pasó un cigarro fui yo mismo, porque el Rubén se fue de largo sin siquiera dedicarle un gruñido.

—Estos muchachos. Ya no lo toman en cuenta a uno, Pablito.

—Ya no, don Sal.

Me había propuesto saber de una vez por todas si don Sal era don Salvador o don Salustio o qué. Siempre que iba a visitarlo luego salía y a las tres cuadras me decía: "¡Se me volvió a olvidar!" Pero esta vez, en cuanto lo tuve enfrente, traté de imaginarlo como un Salvador… No, no tenía cara de soportar en la frente una corona de espinas y en el hombro una cruz. Un sillón de la sala estaba casi vencido con el peso de sus carnes. Alrededor suyo había bolsas de totopos, botellas de cerveza, vasos de plástico, revistas de box, envolturas de chocolate, ceniceros bien copeteados y en fin. Don Sal traía el pelo a rape, único vestigio de sus años de

infantería. Por entre las cerdas de su cabello le salía un sudor en gotitas grandes que él se quitaba una y otra vez con la palma gorda y cruda. Debajo del sudor apenas se le disimulaba una piel rojiza.

Rodeado de esas frituras y de esos recipientes como por una dócil guardia pretoriana, don Sal se me hizo de golpe un Salustio: un emperador romano si acaso ligeramente venido a menos pero todavía con mucho entendimiento.

—¿Vienes a ver lo del partido? —me preguntó.

—¿El partido? ¿Están ayudando al partido para lo del fraude?

—El partido de México, Pablo.

—Ah. ¿Contra quién juega?

—Contra Venezuela.

—¡Contra Bermudas, don Sal! ¡Bermudas, no Venezuela!

Esto lo gritó el Pancho desde el otro cuarto. Le reconocí la voz. El Pancho también era hijo del hombre y de doña Sarita.

—Contra Bermudas —se comidió a aclararme don Sal como si yo no hubiera oído—. ¡Rubén!

Rubén volvía a cruzar frente a nosotros. Sólo que pasó otra vez tan ajeno que tuve la sensación de que era sordomudo. Pero no: oía muy bien. A lo mejor era que se había acostumbrado tanto a su *ipod* que hasta cuando no lo traía delataba ese aire medio ausente de los que lo oyen mucho.

—Arriba están las muchachas —me advirtió luego el patriarca.

Creo que no le hubiera disgustado que me casara con una: con Sara, la mayorcita, o con Pamela ("nom-

bre de galleta", le decía don Sal), o con Estrellita, la del problema aquel.

Lucero ya tenía su marido y no vivía con ellos; no estaba casada, pero como si lo estuviera. Lucero tenía lo suyo, ella sí.

—Al rato subo, don Sal. Ahorita han de estar ocupadas.

—Ocupadísimas: hoy se acaba su novela.

—Entonces tiene a sus muchachos en el fut y a las mujeres en la novela.

—Hubieras visto. Tuve que aplacarlos porque todos querían el aparato de arriba. ¡Pancho!

El grito repentino me cimbró.

—¿Se le ofrece algo? Yo se lo traigo.

—¡Pancho!

Pancho tardó en salir del cuarto del fut:

—¿Qué quiere, don Sal? ¿No ve que ya empezó?

—Me acordé que no me has dado el vuelto. ¿Cuánto te sobró?

—¿Cuánto me sobró de qué?

—¿Cómo que de qué? ¿No te di para la hojalateada del bocho?

—¡La hojalateada del bocho, don Sal! ¡Ya pasó un mes!

—¿Y luego?

—¿Y luego qué?

—¿Por qué no me has dado el vuelto?

—No hay vuelto. Hasta tuve que poner de lo mío…

Pancho empezó a hacerle tantas cuentas que don Sal cerró los ojos. Yo quise irle llevando las sumas parciales, pero renuncié. Me quedó la impresión, eso sí, de

Tal para cual

Ximena Ruiz Rabasa

Con un grito desgañitado de "¡Voy al bar!", seguido de un portazo, tres patadas a mis macetas de la entrada y un rechinar de llantas, me dejó, parada, allí, en medio de la sala de la casa. Todo el espacio me daba vueltas como un volantín de la feria.

Me serví un tequila de esa botella elegante que le costó una fortuna. Acomodé mi humanidad en el *couch* de la sala de televisión. En ese momento sentí ser una jerga arrastrada por el piso después de haber trapeado. Encendí el televisor, cambié los canales. El control era mío, sólo mío. Me reacomodé. Saltó una y otra vez la programación al pulsar mis dedos sobre las pequeñas teclas color gris: así lo hacía él cuando llegaba agotado de trabajar. Terminé mi tequila, me serví otra copa. Recordé que siempre que quería servirme yo de ese tequila, mi viejo decía:

—Esa botella tiene un alcohol muy fino y caro, me costó un dineral. Tú ni beber sabes, mejor sírvete de ese otro barato, éste déjalo para cuando tengamos invitados.

Yo pensé: hoy tengo la oportunidad de demos-

trarle, cuando llegue, que sé beber, que me fascina el tequila fino y que me chocan sus imposiciones.

De nuevo estuve frente a esa caja que expulsa a la soledad de las habitaciones con su resplandor azul. Cambié los canales. Experimenté una sensación deliciosa al sentirme dueña del espacio, del aparato y de mí. Llegué a sintonizar aquel que transmitía la final Chivas-Pumas. Qué placer me dio apagar la tele, volverla a encender, apagarla de nuevo. En ese momento sentí vengar todas las veces que mis programas favoritos eran interrumpidos por ver ese juego, que me parecía absurdo y estúpido. En una de las encendidas miré cómo metían un gol magistral.

Obvio, no sé nada del deporte en cuestión. Sin embargo, no sé qué embrujo me llevó a gritar con todas mis fuerzas "¡Goooooooool!" Bailé, me subí al sillón: en pocas palabras, exploté. Eso merecía otra copa de tequila, unas papas con chile y limón y, por qué no, una cerveza helada. Me senté de nuevo, a la expectativa de lo que podría suceder.

De mi boca comenzaron a salir esas palabrotas que él decía en cada partido:

—¡Cabrón, fíjate! ¡Pero qué mala delantera! ¡Bueno, pendejo, pero parece que tienes cemento en las patas! ¡Corre! ¡Ay, pero si pareces nuevo! ¡Cómo! ¿Expulsión? ¡Árbitro vendido! ¡Penal! ¡Uff! ¡Mira, cabrón, si no metes esa bola te mato! ¡Gooool! ¡Yes! ¡Así se hace! ¡Se ve, se siente, el puma está presente!

Otra copita. Ese acierto merece una ola. Qué bien me la estoy pasando. La verdad qué bueno que este wey se enojó y se largó.

El medio tiempo lo aproveché para ir al baño,

¡Futbolmanía!

Valentina Verruso y Claudia González

¿Alguna vez se han preguntado por qué las chicas no juegan fútbol? Pues yo no. Les contaré mi historia. Comienza así.

Un día normal, de una semana normal, de un mes normal, de un año normal, en fin, ¿me entienden?, un día cualquiera, la historia cambió.

Soy María, María Canales, de Lima, mi ciudad. No he conocido chica más apasionada por el fútbol que yo. Soy una fanática. Soy la fan número uno de Claudio Pizarro, orgullosamente peruano. En cualquier partido ahí me verán. Soy muy buena jugando. No es que presuma… pero soy excelente. En el cole, durante el recreo, siempre quiero jugar, pero Carlos y su pandilla, los del equipo del colegio, no me dejan porque según ellos las niñas somos demasiado débiles para este deporte y nuestro lugar está entre las compras y la charla. Yo no me dejo. Este señorito, es evidente, de mujeres no sabe nada. Hay días en que, con ayuda de Martín, mi mejor amigo, me escabullo en los partidos de fútbol y logro jugar aunque, al cabo de un rato, me descubren y me dejan fuera de la cancha. Martín es mi mejor amigo.

Él y yo somos como hermanos, y por eso en los partidos siempre lo verán a mi lado.

Pero déjenme contarles todo. La historia cambió un 3 de mayo, el día que ganamos el Campeonato Interescolar de Fútbol. Semanas antes, la maestra Elena nos dijo:

—Quiero avisarles que el campeonato se aproxima y que Carlos y sus compañeros están dispuestos a ganar. Para alentarlos, Tamara se comprometió a organizar la coreografía de las porristas y una enorme barra, con estrofas divertidas. Les aviso que faltan dos jugadores para el equipo, ya que los mellizos Julio y Marcos se mudaron hasta la China. ¡Jajaja! Así que los que quieran acérquense a Carlos para calificar para el equipo.

Un alegre ¡yupiii! se escuchó en la clase. La maestra no estaba muy dispuesta a celebrar la noticia, así que nos miró firmemente, nos callamos y nos pusimos todos a trabajar. Minutos después, el alegre sonido de la campanilla, ¡ringgg!, ¡ringgg!, nos anunció la hora del segundo recreo y del almuerzo. Le dije entusiasmada a Martín:

—Oye, Martín, debemos meternos al campeonato de fútbol. ¡Tal vez venga a vernos Claudio Pizarro!

Algo preocupado me respondió:

—Si viniera Claudio sería genial, pero se te olvida un detallito: Carlos no nos dejará jugar en el campeonato. ¿Lo recuerdas?

Pensativa, le di la razón, lo cual no era muy habitual. Tratando de animarme, me dijo:

—Será mejor que nos metamos al concurso de dibujo y dejemos lo del fútbol para otra ocasión.

—¡No! ¡Vamos a entrar al equipo del cole para